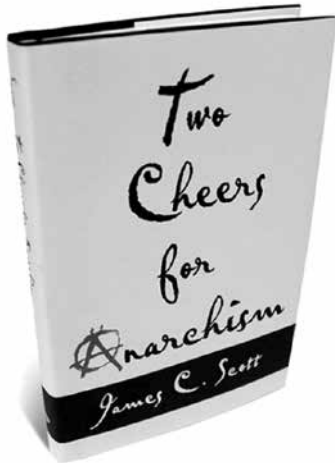


Scott, James C.. 2012. Two Cheers for Anarchism. Six easy pieces on Autonomy, Dignity and Meaningful Work and Play.

Princeton & Oxford, Princeton University Press, 169 páginas.¹

Alberto Vergara²



Two Cheers for Anarchism es un libro breve y filudo que puede ejercer en la vida del lector dos funciones igualmente gratas. Para quienes ignoran su obra, el libro es una estupenda introducción a la producción más sustantiva de James C. Scott. El libro muestra de manera fragmentaria y con elegancia habitual los temas y preocupaciones que el autor desarrolló en libros vastos y sistemáticos como *Weapons of the weak*, *Seeing like a state* o, más recientemente, *The art of not being governed*. Para quien ya conoce a Scott, en cambio, el texto nos recuerda condesada e inteligentemente las razones por las cuales su obra es absolutamente fundamental en las ciencias sociales contemporáneas. En cualquiera de las dos opciones (el libro como introducción o el libro como síntesis) el lector es desafiado por la agudeza de sus análisis, exaltado por su compromiso e iluminado por una prosa casi única en ese mundo sin estilo que es el de la Ciencia Política.

Two Cheers for Anarchism no es un libro de teoría anarquista, tampoco uno donde se estudia o convoca a la acción anarquista. Es, en realidad, uno sobre las confesiones de un anarquista. Más que unos *principios* anarquistas, Scott comparte con nosotros sus *reflejos* anarquistas. Y la organización del libro recoge tal propuesta. No tiene seis capítulos, tiene *six easy pieces* (y si no entiendes la referencia, joven entusiasta, pregúntale a Google por Chopin y por la película fundamental de Bob Rafelson). Cada una de esas piezas es, a su vez, dividida en *fragmentos*, un rompecabezas, pero sin pretender que el conjunto pueda ensamblarse armónicamente en un modelo comprensivo.

El libro nos recuerda que la forma literaria fragmentaria es casi la lengua materna del anarquismo. O, mejor dicho, el anarquismo parece ser, en realidad, el derivado político del pensamiento individual y disperso, inconexo y fragmentario. Y sin embargo coherente; coherencia que no descansa en la ilusión del edificio teórico, sino en el amor por el ejemplo exacto.

Así, en este libro Scott comparte con nosotros la manera en que sus coherentes reflejos anarquistas se transforman en reflexiones anarquistas. Es un texto que recoge las distintas dimensiones de su anarquismo: político, social y, en última instancia, epistemológico. En realidad,

1 Hay una reciente versión en español: *Elogio del Anarquismo*(2013) Madrid, Crítica.

2 Político, actualmente investigador postdoctoral y *lecturer* en la Universidad de Harvard.

no creo que sea un anarquismo primordialmente político. Su enemigo principal no es el Estado. Es, más bien, el proceso social y cultural del mundo moderno que progresivamente erosiona, debilita y desaparece la diversidad natural de la sociedad. El Estado-nación moderno es, desde luego, uno de los agentes principales en esa destrucción modernizante pero no es el único. Las grandes corporaciones, la tecnología, ciertos principios económicos, el mundo académico estandarizado, complotan también contra la diversidad.

Abordo primero la dimensión más general de su anarquismo y luego la política. ¿A qué aludo con un anarquismo epistemológico? Me refiero a una forma de observar el mundo que es, antes que nada, radicalmente escéptico de la ideología, de la generalización teórica y de la uniformidad política. No importa qué dimensión del saber se aborde, siempre emerge el elogio del «caso por caso» o, al menos, la crítica de su opuesto, la racionalidad del tipo *one size fits all*. Los ejemplos de esta epistemología anarquista son de distinto tipo. Scott la emprende contra la manera en que se empobrecieron los bosques al creer que el hombre sería más listo que la naturaleza y podría alterar su orden espontáneo con técnicas racionales y a la medida de nuestras necesidades. Esto, más bien, generó inesperadamente la destrucción o empobrecimiento de esos espacios que sobrevivían en (y de) su propio (des)orden, (por cierto esta sección es mucho más detallada y contundente en *Seeing like a State*). Asimismo, Scott despotrica contra el intento de planificación racional de las ciudades, ese saber tecnocrático que se pretende más agudo que el de los propios ciudadanos y termina ordenándoles dónde deben trabajar y dónde vivir (de manera infeliz). Asimismo, Scott desconfía de las «islas de orden», esas instituciones intelectuales que racionalizan la historia de las naciones hasta hacerlas coherentes y arrancarles a los procesos históricos su carácter contingente y abierto y atribuirles causas claras (¿podría hacerse una crítica anarquista del informe de la CVR en el Perú?). Además, Scott se despacha también contra la manera supuestamente objetiva y neutra de evaluar a los investigadores en el mundo académico. La ambición de medirlo todo aséptica y cuantitativamente es perniciosa pues las evaluaciones generan dinámicas perversas, como clanes citándose unos a otros con el objetivo de acumular «puntos». Como se ve, los ejemplos de este escepticismo frente a la pretensión racionalista se multiplican en todas las direcciones. El mundo pierde aceleradamente diversidad, libertad y espontaneidad por esta carrera hacia la eficiencia que pasa necesariamente por la homogeneización. Algo fundamentalmente humano (las pasiones y los intereses) se desvanece al delegar distintas dimensiones de nuestra vida a un saber tecnocrático que tiene como principal enemigo a lo particular. No importa el ámbito de análisis, Scott es el defensor de lo peculiar, de febrero, del año bisiesto y del cisne negro.

Ahora bien, este es un escepticismo epistemológico en la medida en que descansa en una convicción sobre un modo de conocer.

La desconfianza hacia el modelo teórico perfecto o hacia el manual tecnocrático universal no lo hace esencialmente anarquista en un sentido político; o mejor dicho, muchos conservadores, liberales y socialistas son también escépticos del pensamiento inmoderadamente deductivo. En realidad, todos los anarquistas exhiben este escepticismo, pero no todos quienes cargan con él son anarquistas.

Pasemos al contenido más claramente político del anarquismo de James C. Scott. ¿Qué lo diferencia de un liberal, un conservador o un socialista? Partamos de algo central, no lo diferencia, en lo esencial, su valorización del Estado que es lo que uno esperaría de un anarquista. Scott acepta que *the state can, in some circumstances, play an emancipatory role* (p. 14). Un liberal también aceptaría esto (bueno, no uno peruano, se entiende) y ni qué hablar de un socialista. Scott parece desconfiar del Estado por su capacidad brutal de aplanar y homogeneizarlo todo, pero menos por su capacidad de, eventualmente, hacer el bien.

En cambio, se diferencia claramente de un liberal en la manera como razona el «cambio político». Scott carece de confianza en las instituciones representativas en su papel de permitir cambios realmente importantes en las sociedades: «[...] extra-institutional protest seems a necessary, though not sufficient, condition for major progressive structural change [...]» (p. 19). Respecto de las revueltas de hace un par de años en Londres afirma que más allá de todo lo que se pueda decir, lo cierto es que sin ellas, sin esa irrupción del pueblo en la calle, la élite nunca hubiera tomado consciencia de los problemas de las mayorías. Así, se perciben los legados del movimientismo anarquista, convicciones que difícilmente estarían presentes en el repertorio de los liberales, generalmente escépticos del bochinche callejero.

El anarquismo de Scott también se diferencia del socialismo y del liberalismo en las clases sociales a las cuales valora o, al menos, por las cuales expresa mayor interés. La que genera su admiración intelectual es la pequeña burguesía, esa misma clase que despertaba las iras de Karl Marx, para quien, en definitiva, no era una clase. El artesano y el abogado, el periodista y el bodeguero, ahí está el hombre libre (hay que decir que Margaret Thatcher no pensaba muy distinto). El deseo de tener una tiendita o poner un barcito en la esquina es, ante todo, el deseo de no tener jefe, de vivir para uno. A diferencia del socialismo, Scott no cree que debamos esperar algo muy positivo del proletariado, aturdido por su labor mecánica en la usina. Y si alguna clase social le despierta un sentido de solidaridad e identificación es el campesinado (en oposición al socialismo o del liberalismo, ambos irremediamente ciudadanos, al menos en sus formulaciones clásicas). El campesinado, como en otros libros de Scott, es observado como la mayor víctima de la expansión estatal. Progresivamente acorralados por burócratas que buscan extraerle impuestos y por generales que buscan reclutarlos, el campesinado lucha por su libertad al evadir a unos y a otros. Uno casi diría que hay una mirada de tipo «buen salvaje»; conocemos de indígenas africanos o centroamericanos sabios en varias de sus técnicas y prácticas cotidianas. Esta suerte de naturalismo tiene, desde luego, una larga tradición en la mirada anarquista.

Cierro con una pregunta, ¿cuál es el papel del Estado más allá de su función homogeneizadora? Como buen anarquista, Scott no abunda en distinguir entre Estado despótico o Estado democrático (aunque en algún momento acepta la existencia de un continuo que iría del Estado totalitario al Estado jeffersoniano, p. 79). Le interesa el género estatal, más que las especies estatales. Pero, ¿es realmente la sociedad, en términos generales, la parte virtuosa de la ecuación política y el Estado esa máquina destinada a limarle su vitalidad espontánea? Mirémoslo con un ejemplo (p. 81-83). En 2003 la ciudad de Drachten en Holanda decidió eliminar el semáforo de la avenida más circulada de la ciudad. Dos años después el número de accidentes en dicha esquina descendió dramáticamente pues ya nadie se confiaba en la luz verde para atravesarla, la gente estaba atenta al cruzar la avenida y, por si fuera poco, la circulación se hizo más fluida. Desde entonces muchas ciudades de Holanda han desaparecido los semáforos y se muestran orgullosas de haber eliminado ese símbolo de opresión administrativa, lo cual es para James C. Scott una suerte de rayo de esperanza en la sociedad; ella puede desperezarse a sí misma, sacudirse de la sobrerregulación y, además, tener resultados sociales más positivos que los obtenidos a través de la presencia estatal. Pero, ¿cómo se llega a poseer una sociedad de valores anarquistas como los de aquella ciudad holandesa? ¿No será que gran dosis de esos valores se consiguieron porque un Estado democrático la civilizó durante décadas hasta obtener ciudadanos felices de abrazar este anarquismo espontáneo e intuitivo? Porque, lamentablemente, si mañana retiramos los semáforos de la Avenida Abancay no obtendremos los mismos resultados que al eliminarlos en una ciudad holandesa. No es lo mismo una sociedad que valora el anarquismo que otra lista para hundirse en la anarquía. Y quién sabe la diferencia radique, paradójicamente, en la acción estatal. ¿Anarquía después del Estado, y no antes?